

843 PQ 2625

M. E 53

H 68

v. 1

*Prohibida toda traducción y reproducción.
Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.*



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imprenta de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

EL HONOR Ó LA VIDA

PRIMERA PARTE

VIRGEN Y DESHONRADA

I

Roland Beroult de Serigné.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

El 20 de febrero de 1870 hallábase sentado delante de un gran bufete de caoba, en elegante despacho de la prefectura de policía, un hombre como de treinta años de edad, de gallarda presencia y con cierta severidad en su fisonomía, que le daba el aspecto de un magistrado joven del antiguo régimen.

En el momento en que lo presentamos á los lectores, interrumpió el examen de unos papeles esparcidos por la mesa y llamó con voz imperiosa y sonora:

—¡Bruno!

Alzóse casi al punto el tapíz que cubría

la puerta, presentándose un ayuda de cámara correctamente vestido de negro.

—¡Señor Roland!....

—¿No ha vuelto el señor prefecto?

—No, señor.

—¿Volverá?

—El señor conde no ha dicho nada.

El que había llamado se levantó, revelando gran contrariedad.

—¡Por vida de!...—exclamó.—¡Vaya un contratiempo!

El ayuda de cámara preguntó en tono casi familiar:

—¿Tenéis algo que decir al señor conde?

—Sí.

—Si yo puedo reemplazaros....

—Ciertamente que sí, mi buen Bruno... Has tenido una excelente idea. Acabo de recibir una carta de mi país....

—¿Ocurre alguna novedad en vuestra casa, señor de Serigné?...

Bruno pronunció este nombre elegante con tono picaresco.

Su interlocutor sonrió con cierta amargura y repitió:

—¿De Serigné?... Me adulas, Bruno.

—Todos os dan este nombre.

—Y *viste* mejor que el otro, ¿verdad?...

—Si os gusta, haríais mal en incomodaros porque os distinguan con él.

Roland Beroult, llamado de Serigné, no respondió. Recorrió el despacho á grandes pasos, dirigiendo ansiosas miradas á la calle, como si esperase, con la ayuda de algún poder magnético, atraer más pronto al

personaje á quien esperaba inútilmente.

Roland Beroult poseía todas las cualidades físicas necesarias para agradar á las mujeres y además inteligencia flexible, imaginación fecunda, instrucción sólida y audacia sin límites, es decir, cuanto se necesita para abrirse camino en el mundo. Contaba, también con la poderosa protección del conde Magni, prefecto de policía distinguido por el favor de la corte, el cual le había hecho dos años antes su secretario particular, augurándole un brillante porvenir, que su protegido esperaba realizar.

Originario de la Turena, quedó huérfano de madre hacía diez años. Su padre era un aldeano astuto y despreocupado, que con un pequeño capital encontró el medio de hacer fortuna comerciando con los créditos y sobre todo explotando los apuros de sus vecinos.

Avaro hasta la sordidez, pero muy hipócrita, había sabido captarse la confianza y hasta la estimación de las gentes por la exactitud en el cumplimiento de sus compromisos.

En el momento en que su hijo, con audacia de aventurero, unía á su nombre plebeyo el más distinguido de Serigné, que era el del pueblo de su naturaleza, el buen hombre pasaba por rico en su país, á donde se le suponía un capital de quinientos á seiscientos mil francos, de que sería único heredero Roland Beroult.

Todo parecía sonreír á éste, por lo tanto, y no obstante, los rasgos de su semblante

aparecían violentamente contraídos y se pasaba presa de febril agitación.

Detúvose, por fin, delante del ayuda de cámara, que aguardaba sus instrucciones en el dintel de la puerta con el aire indiferente de los domésticos ajenos al aburrimiento ó á las pasiones de sus amos.

—Decididamente—dijo—el conde no vendrá.

—Así lo temo.

—En ese caso, te ruego le digas que mi padre está gravemente enfermo.

—¿Mr. Beroult?

—Sin duda, Mr. Beroult. El no se ha llamado nunca de Serigné.

El ayuda de cámara hizo un gesto irónico y adulator á la vez.

—Tampoco ha hecho la carrera que su hijo.

—¡Mi carrera!...

Bruno insistió:

—No creo que el señor tenga motivo para quejarse, puesto que se halla en camino de una gran fortuna. El prefecto no ve más que por vuestros ojos. El señor de Serigné será prefecto cuando quiera.

—¿Quién sabe?

El señor conde me lo decía ayer al entrar en la Ópera: «Ya verás, Bruno, cómo este mozo irá más lejos de lo que parece; acuérdate de lo que digo». El señor tiene asegurado un puesto eminente y un matrimonio ventajoso, sin hablar de los pseudos del padre del señor.

—Esperanzas que pueden quedar destrui-

das por cualquier cosa. Hubiera querido hablar un instante con el conde; pero el tiempo apremia; es preciso que tome el tren inmediatamente. Tú me excusarás con el prefecto, Bruno.

—¿El señor estará ausente mucho tiempo?

—No sé; uno ó dos días por lo menos. Mi padre me llama con insistencia. Si el prefecto necesitase de mí, un despacho...

—Entendido. El señor puede marcharse tranquilo.

El reloj del gabinete señalaba las seis y veinticinco minutos.

El joven cerró su bufete, saludó amistosamente al ayuda de cámara, que le ayudaba á ponerse el gabán, y salió de la prefectura.

A las ocho y media el expreso de Burdeos salía de la estación de Orleans, conduciendo á Roland Beroult que, recostado en un rincón del coche, leía de nuevo la carta de su padre, á que se había referido en su conversación con el ayuda de cámara del prefecto de policía.

La carta decía así:

«Hijo mío:

» Quería ocultarte nuestra desgracia y he esperado hasta el último instante. Es preciso hablar, pues desde hace algunas semanas me voy sintiendo cada vez más débil. El médico dice que estoy enfermo del corazón; pero sea la que quiera mi enfermedad, el hecho es que se va agravando, y esta gravedad es causa de las inquietudes que me

atormentan. Ya no puedo esperar más que la muerte de un momento á otro. Ven y ten valor.

»Tu padre,

»FÉLIX BEROULT.»

El enfermo añadía una postdata:

«Felix, es decir, dichoso. ¡Qué amarga irrisión!»

El joven rompió la carta y arrojó los pedazos por la ventanilla.

Colérico contra el rayo que venía á herirle en plena prosperidad, exclamó:

—Dentro de algunas horas lo sabré todo. ¿Pero qué es lo que voy á saber?

II

El espectro de la ruina.

Serigné se halla á la mitad próximamente del camino de Tours á Chateau-du-Loir, en la línea de Mans.

Compónese el pueblo de unas cien casas, agrupadas en un terreno de aspecto agradable y de muy pocos accidentes, con campos de labor, viñedos, praderas y bosques, en medio de los cuales destácanse á trechos entre la verdura y el follaje las torres de algunas construcciones antiguas.

El aspecto general de la población inspi-

ra ideas de paz, de contento y de comodidades.

A las cuatro de la mañana el pueblo parecía sumido en el más profundo reposo. Las casas, situadas al azar, sin orden, entre los jardines y el campo, y sobre dos caminos que se cortan, formán en la intersección de estos una plaza bastante extensa.

En el ángulo Poniente de esta plaza, á algunos pasos de la antigua iglesia, despedían viva claridad dos altas ventanas de una casa grande, que debía pertenecer á gente bien acomodada. Esta casa era la de los Beroult, y las luces salían de la habitación de un moribundo.

Recostado en un sillón se veía luchando con la muerte á un hombre septuagenario, envuelto en una bata descolorida y raída.

Una criada, lo menos diez años más vieja que él, estaba sentada en otro sillón observando al enfermo, muy alarmada, aproximándose á él á cada momento, examinándole de cerca, interrogándole con ansiedad y no dejándolo más que los instantes en que iba á las ventanas, como interrogando á la oscuridad de la noche.

A las cuatro y cuarto, un ruido, débil al principio y luego cada vez más intenso, hirió los oídos de la anciana y obligó al enfermo á suspirar y mover la cabeza en distintas direcciones como si temiese la llegada de su hijo, murmurando: «¡Pobre joven!»

Por fin un coche se detuvo delante de la casa. La vieja bajó con una agilidad que nadie hubiera podido suponer en aquel

cuerpo en cuya piel se dibujaban las formas angulosas del esqueleto. Al abrir la puerta, asegurada con dobles cerrojos por temor á los ladrones, se encontró frente al viajero, que la abrazó distraidamente, mientras ella le contemplaba con cierta cariñosa ternura.

—¿Y mi padre? — preguntó el recién llegado.

—Te espera.

—¿Está mal, verdad, mi pobre Brígida?

—Sí, muy mal.

La vieja cerró y dijo al joven:

—Sube, te espera con impaciencia.

Un momento después, el padre y el hijo se abrazaban. Roland contemplaba estupefacto el demacrado semblante del moribundo. Le aterró la lividez de éste y su respiración fatigosa.

—¿Y el médico?... — preguntó el joven volviéndose hacia Brígida.

El enfermo contestó:

—Nada tiene que hacer aquí: siento la muerte; no me quedan más que algunas horas de vida.

Y volviéndose hacia la criada, le dijo:

—Quédate. Hemos vivido juntos cuarenta años y no tengo secretos para tí.

—¿Qué teneis que decirme?—preguntó el joven.

—Aproxímate — dijo el padre, — porque apenas puedo hablar.

Roland obedeció.

—Sabes — comenzó á decir el padre, — cómo hemos vivido tu madre y yo. Brígida te

lo puedes decir... Una vida de privaciones. Todo por tí, que eras nuestro orgullo. Te habíamos educado como un príncipe.

—Es verdad, — balbució Brígida.

—Hace diez años — continuó el padre — nuestra situación era buena... Los labradores nos necesitaban; los préstamos producían... se sacaba partido del dinero. Llegué á poseer más de un millón. Por otra parte, yo estaba satisfecho de tus éxitos de estudiante y tú te preparabas á empezar la carrera de derecho, cuando murió tú madre. Este fué el principio de la catástrofe. Empezaste á ser exigente y te envié tu herencia: cincuenta mil escudos, que se desvanecieron como el humo... Tu querías aparentar... Los jóvenes no sabeis moderaros... No te vitupero... señalo un hecho... Era tal vez un medio de llegar á la meta... tu lo decías y yo lo creí... Después hubo necesidad de ayudarte, llenar el abismo, siempre abierto... A medida que tus necesidades aumentaban, los negocios iban siendo más difíciles... Tú gastabas mucho y yo no ganaba nada... Llegué hasta la imprudencia y me aventuré en especulaciones arriesgadas que fracasaron... Quería dejarte rico y no he podido... Eres pobre... Esta es la verdad... No te quedará nada... menos que nada... te quedarán deudas. Me tienen envidia porque me creen rico... Hasta ese punto les han podido engañar las apariencias. Oye por qué. Tengo un amigo...

—¿El coronel Souvray?

—Sí. El coronel es rico. Posee veinte mil francos de renta y cuatrocientos mil de ca-

pital. Ni un sueldo en fincas, escepto una casucha ruinosa que no vale mil francos y que cedió á ese miserable mendigo que conoces... Peschard. El coronel tiene horror á la propiedad territorial. El hotel del Fresne que habita con sus hijas, no es suyo; lo tiene arrendado en mil doscientos francos anuales. No tiene un céntimo en su casa. Todo su capital está en la mía, ó mejor dicho, estaba, porque ahora hay un déficit. Si le reembolso, no me quedará nada... nada. He vendido parte de los títulos que me había entregado en depósito...

—¡Vos!...

—Era necesario. Tu pedias continuamente dinero... Con el capital del coronel ha marchado la casa durante dos años. El coronel me daba pruebas de una confianza absoluta, pero como desaparecían mis fuerzas, ha dudado de mi acierto ó de mi actividad. Me reclama sus títulos, su fortuna, en una palabra, el depósito que me había confiado. El también padece una enfermedad que no perdona. Está próximo al sepulcro y quiere poner en seguridad la fortuna de sus hijas: Tiene razón. ¿Comprendes?

—Sí.

—Dándole cuanto tengo, le puedo reembolsar de las tres cuartas partes de su depósito.

—¿No tenéis otras deudas, padre mío?

—No: esta es bastante.

—¿Tiene el coronel recibos?

—En toda regla. Yo era su agente de negocios... compraba y vendía...

—¿Y os reclama?...

—Las cuentas. Muy amistosamente, eso sí; pero si llegase á sospechar...

—¿No abriga recelos?

—Ninguno. Como otros muchos, me cree todavía rico.

—¿Y sus hijas?

—Excelentes. Me colman de atenciones.

—No pasa día sin que se informen del estado de nuestro enfermo—dijo la criada.

—¿No conoce nadie vuestros negocios con el coronel?—dijo el joven después de reflexionar un instante.

—Nadie.

—¿Era todo esto cuanto tenías que decirme?

—Sí, todo; pero ¿te parece poco? La ruina completa, irremediable.

Y cómo para excusarse, añadió el anciano.

—He hecho lo que he podido... no he malgastado un céntimo. Brígida te lo dirá: es de la casa, casi de la familia, te ha criado y puedes tener confianza en ella.

El joven no respondió. Levantóse y empezó á pasear presa de grandes sacudimientos nerviosos. El secreto que acababa de conocer era peor de lo que había sospechado. Estaba arruinado; más que arruinado, lleno de deudas. Su carrera quedaba cortada de golpe; se veía detenido en su vuelo como el águila á la que el plomo corta las alas.

Buscó inútilmente recursos para evitar la catástrofe; pero no se le ocurría ninguno.

De pronto se volvió hacia su padre, porque la criada lanzó este grito:

—¡Se muere!

Era verdad. Agotado por el esfuerzo que acababa de hacer, el enfermo llevó la mano al pecho como para sofocar un dolor, y dejando escapar un gemido, inclinó la cabeza y quedó inmóvil.

—¡El doctor!—gritó Brígida espantada.

Roland se aproximó á su padre, tomó una mano de éste como pudiera haberlo hecho un médico, puso la suya sobre el corazón del agonizante, le levantó la cabeza y dijo friamente:

—Es inútil, ha muerto.

Brígida se prosternó, murmurando una plegaria, mientras Roland, aproximándose á la ventana, miraba á la calle.

El cielo, cubierto de espesa bruma, mostraba los tintes precursores del día. Empezaba á oírse el confuso rumor de una ciudad que despierta, y algunas luces aparecían de vez en cuando, como fuegos fatuos, en las fachadas de los edificios.

Asaltado por una idea súbita, el joven se volvió hacia la criada.

—¿Dónde está la llave de la caja?

Brígida se dirigió hacia la chimenea, y sacó de un escondite, oculto bajo la piedra, una llave, con la que Roland abrió la pesada caja de hierro colocada en un rincón de la estancia, grande y desnuda, como dormitorio de cuartel. Esta caja contenía, en valores y monedas de varias clases, casi toda la fortuna y las cuentas de la casa.

En pocos minutos, el heredero de aquel cadáver, aun caliente, pudo conocer la ver-

dad de su situación. La cuenta del coronel tenía un libro especial y se elevaba á unos quinientos mil francos: la liquidación de esta cuenta era para Roland la ruina.

Se acercó á la chimenea, avivó el fuego que ardía en ella y arrojó el libro.

—¿Qué haces?—gritó Brígida.

Roland puso un dedo en los labios, haciendo un gesto que aterró á la criada, haciéndole bajar la cabeza. Empezaba á comprender.

Después Roland guardó en sus bolsillos un paquete de títulos y de billetes de Banco, rompió algunos papeles, quemó otros y dijo á Brígida:

—Es necesario vivir, y la vida es un combate. ¿Tú me quieres?

—¿Puedes dudarlo?

—Responde categóricamente.

—Como á un hijo.

—Una madre no hace traición á su hijo. La vieja le miró con ojos extraviados.

—¿Tú no querrás verme convertido en un miserable?—insistió él.

—¡Oh, no!—dijo Brígida, juntando las manos—y si yo pudiese, Roland...

—Puedes; basta con obedecerme.

—¿Qué es lo que pretendes?

—Desde luego que no se sepa la muerte de mi padre antes del mediodía.

—Eso es fácil: nadie entrará en la casa. ¿Y después?

—Que calles, y si te preguntan, que declares no saber nada de los negocios de tu amo; nada... ¿lo entiendes?